

de tener un dueño Soberano; y seais quien fuereis, no podeis tener otro mas funesto que à vosotros mismos. Si no seguís la ley de Dios, necesariamente seguireis la de vuestras pasiones, de vuestro amor propio, y de vuestro genio: estos serán vuestros tyranos, y no vuestros Señores: os obligarán à que queráis lo que no quisierais si no fuerais sus esclavos: mudarán vuestros propios deseos en pesares, y vuestros placeres en tormentos: os harán aborrecer lo mismo que antes os han hecho amar: à esta esclavitud os reducen vuestras pasiones: solamente Dios puede librarnos de estos crueles dueños; y él solo nos enseña à vencerlos, conformándonos con su ley: solamente obedeciendo à Dios podemos quedar libres: y no hay otra verdadera libertad mas que la que gozan los hijos de Dios.

¿Pues qué pensamientos son los nuestros quando dificultamos rendirnos? Postremonos, Catholicos, à los pies de nuestro recién nacido Salvador, y confesemos nuestra flaqueza. ¡Oh, buen Jesus, bajado del Cielo para enseñarme à obedecer; Hijo eterno de Dios, igual à él, y Dios como él, sujeto no obstante al poder de los hombres, à las necesidades de la vida, y à la ley de la muerte! Vos sois el alma del Universo, y el espíritu Soberano que vivifica todas las cosas; yo soy un vil gusano de la tierra, una exalacion inutil, que pasa, y se disipa en un momento. *Nonne Deo subiecta erit anima mea?* ¿No he de acabar de confesar mi dependencia? ¿He de abandonar la gloria que de esto me resulta por seguir mis ridiculas vanidades? ¿He de pretender frustrar esta necesidad con dificultades quimericas? No, Señor; yo, siguiendo vuestro exemplo, me sacrificaré à vuestra gloria, y à la de vuestro Padre: En vuestro abatimiento veo su grandeza, y la nada de las criaturas: *Vidimus gloriam ejus.* Este es el segundo efecto del nacimiento de Jesu Christo: y dueño

obedecer? seais quien fueris, necesariamente habrás de

de

de

SE-

SEGUNDA PARTE.

PAsemos la vista, Catholicos, por los siglos del error quando los hombres, olvidados del verdadero Dios, ponian en los Altares à la ambicion, la opulencia, y la sensualidad: amantes ciegos de los bienes sensibles, y naturales, adoraban à los males contrarios; y al mismo tiempo que amaban la salud, y la vida, les parecía que la enfermedad, y la muerte merecian temples: indiferentes, por el contrario, à los bienes espirituales del alma, ignoraban que estos bienes dependiesen de sus Dioses; ellos mismos se miraban como autores de su virtud, y tenian à los bienes del cuerpo, de la fortuna, y del tiempo, por el unico objeto de los cuidados de la Providencia, y de la liberalidad del Cielo. Pero oh, falsos bienes! Vosotros os bolvereis à vuestra nada; Jesu Christo recién nacido os sepultará en ella, no solamente despreciandoos, y enseñandonos à nosotros à despreciaros, sino tambien haciendo ver la gloria, y la necesidad de este desprecio: este era el medio mas proporcionado para manifestar la nada de las criaturas.

Para daros una justa idea, Catholicos, del desprecio que hace el Hijo de Dios de estos bienes, y de la gloria que sacó de este desprecio, es necesario manifestaros la importancia del designio que tuvo de restablecer en la tierra la gloria de su Padre. Para esto era necesario hacer que todo el Universo mudase de semblante, y destruir la religion de mas de veinte siglos: Era necesario hacer ver à los Reyes de la tierra, que la grandeza, el poder, y la autoridad, no era la cosa mas respetable que havia en el Mundo: que nadie puede ser feliz, sino por medio de la humildad, y la pobreza: Era necesario persuadir à los Filósofos, y à los soberbios politicos, que su sabiduria era locura, y que pa-

ra

ra ser verdaderamente sabios, debian olvidar lo que sabian, desaprobar lo mismo que estaban viendo, y reducir toda su ciencia à creer sin replicar.

¿Qué medios dictaria la razón, y la experiencia humana para la execucion de un tan prodigioso designio? Sin duda se miraria como un medio muy proporcionado el venir con grande aparato de pompa, y magestad, para hacer sombra à la de los Reyes, y darles à conocer su flaqueza: el asombrar à los entendimientos con un extraordinario resplandor de sabiduría para confundir la sutileza de los Filósofos, y la obstinacion de los Ministros, de los falsos Dioses: el venir acompañado de formidables Exercitos para sujetar los Pueblos al nuevo yugo de la fé: el derramar por todas partes oro, y riquezas para ganarse los corazones interesados, ò à lo menos usar de condescendencia para granjear los afectos. Estos son, ò sabios del Mundo, los medios mas seguros, de que vosotros os huvierais valido, porque entre vosotros, el oro, la plata, la ciencia, la autoridad, y las armas son cosa de estimacion, pero en la presencia de Dios nada son todas estas cosas, y así de ninguno de estos medios se valió para la execucion de su designio; antes por el contrario, sus tesoros, sus Exercitos, su fuerza, su poder, y todos los instrumentos de sus conquistas se reducen à la humildad; à el abatimiento, la pobreza, un Niño, un Pesebre, unos Pastores, y unos Pescadores; con todo eso, mirad à los soberbios humillados, à los falsos sabios confundidos, à los Pueblos persuadidos, los Idolos derribados, y todo el Universo sujeto à su Evangelio: Poder, y riquezas del Mundo, de nada haveis servido para esto: *Infirmi mundi elegit Deus ut confundat fortia.* (a) De este modo, dice San Agustin, la soberbia humana se vé obligada à confesar, que aun para el gobierno de las cosas de

la tierra, no hay medio mas eficaz, y poderoso que la humildad divina: *Sic tandem advertit humana superbia, nihil in ipsis terrenis esse potentius humillitate divina.* (a) Ya hemos visto la gloria de este desprecio, veamos ahora su necesidad. No solamente reprueba el Hijo de Dios todos estos bienes como inútiles para su designio, no habiendo tenido necesidad de ninguno de ellos para ponerle en execucion, sino que tambien los reprueba, como contrarios, y opuestos à él: porque si hubiera venido al Mundo con todo aquel aparato, que sirve para mantener la grandeza de los mortales, no hubiera hecho en las costumbres aquella prodigiosa revolucion que se havia propuesto, como objeto, y fin de su victoria: lo que hacia al Mundo enemigo de Dios, era el fausto, la soberbia, el regalo, y las delicias; y así era necesario empezar venciendo estos obstaculos. Estos no podian vencerse sino por medio de una conducta absolutamente opuesta, por medio de un exemplo efectivo de mortificacion, y humildad. Si Jesu-Christo se huviera manifestado rico, y poderoso, sería inútil que nos aconsejase, y ordenase la pobreza, porque en este caso, su exemplo desmentiria su doctrina, y daria ocasion para despreciar sus mandamientos: el Mundo le huviera mirado con el mismo semblante que miró à los Filósofos profanos, à los Senecas, y à los Platonés, los que al mismo tiempo que vivian con suntuosidad, y magnificencia, predicaban el desprecio de los bienes temporales; y aunque con sus escritos inspiraban amor à la virtud, con sus obras la hacian despreciable; y aun quando el Señor por estos medios huviera conseguido su fin; aun quando viviendo entre riquezas, y delicias huviera obligado al Mundo à obedecer al Evangelio de pobreza, todos huvieran atribuido la felicidad de este

(a) *Epist. 42. ad Madaurenses.*

suceso à las fuerzas humanas, y al poder que sobre los entendimientos, y corazones de los hombres tienen la eloquencia, la opulencia, y la violencia. El Evangelio huviera perdido aquel carácter de divinidad, que nos sirve para confundir à los mas impíos, y obligarlos, aun contra su voluntad, à reconocer la verdad: luego este desprecio de los bienes temporales, no solamente era glorioso para Jesu-Christo, sino tambien necesario: la gloria, y la necesidad de este desprecio, nos hacen ver à un mismo tiempo la nada de las criaturas, y la grandeza de Dios: *Vidimus gloriam ejus.*

De aqui se inferen, Catholicos, dos conclusiones: la primera, que no hay abatimiento, ni pobreza, que el exemplo del Hijo de Dios no nos pueda hacer gloriosa, pues él mismo tuvo por tan glorioso el desprecio de todos los bienes: la segunda, que no hay grandeza, ni elevacion que no nos deba hacer sospechosa el exemplo del Hijo de Dios, pues miró este desprecio como una cosa tan necesaria: la primera de estas conclusiones es de mucho consuelo para el Pueblo: la segunda es terrible para los Grandes.

¿Podreis tener dificultad en persuadiros, que no hay abatimiento, ni pobreza, que no pueda seros gloriosa, despues del exemplo del Salvador, y de la eleccion que hizo de la pobreza? Facilmente os persuadis, que el oro, y la plata son cosas preciosas, por la estimacion que dan los hombres à estos metales, y por el uso que les veis hacer de ellos: no teneis repugnancia en creer, que ciertas cosas merecen un alto precio por la opinion que de ellas forman las personas inteligentes: no os cuesta trabajo el abrazar las modas mas ridiculas, porque en esto os conformais con el capricho del público: imitais, no solamente las acciones, sino tambien los defectos de los Grandes, con la esperanza de agradarlos: abrazais los desordenes, y excesos del siglo, por vivir como los demás, y por no parecer singulares entre

entre las personas de vuestra edad; siguiendo estas ridiculas ideas, os preciais de executar las cosas mas viles, mas infames, mas penosas, y mas pecaminosas que hay en el Mundo: ¿Pues es posible, Catholicos, que habiendo adquirido los Reyes, los Principes, la Corte, el Público, y aun los hombres particulares, derecho para autorizar con el exemplo todos estos desordenes, solamente Dios no ha de poder con su exemplo autorizar, justificar, y glorificar la pobreza, siendo ésta en sí misma tan inocente, y tan pura!

El exemplo de un Dios, Catholicos, es tan poderoso, que queriendo los Paganos abandonarse à sus pasiones, resistiendo à lo que les dictaba la razon, no hallaron medio mas seguro, que el formarse Dioses infames, y viciosos, para autorizar el vicio, imitandolos, y para formarse una especie de religion de sus mismos excesos: *Deos suos quos venerantur, imitantur, fiunt miseris, & religiosa delicta*, dice San Cypriano. (a)

¿Pero qué es lo que hizo Jesu-Christo? No esperó à que el amor à la pobreza induxese à los hombres à formarse un Dios pobre, porque no havia apariencias de que nadie pensase en esto; no obstante, como sabía que este estado de abatimiento era necesario para nuestra salud, y para que no nos avergonzasemos de él, nos dió él mismo en su propia persona este importante modelo; ¿pues es posible que por havernosle dado él mismo sin solicitarle nosotros; porque él mismo se humilló sin haver nosotros imaginado que llegase à estado, ha de tener su exemplo menos fuerza, y menos autoridad para con nosotros? ¿Este exemplo, no es siempre exemplo de un Dios? Buscad en hora buena los honores, y las riquezas; imitad en esto à los Principes, y Soberanos, pero estad ciertos de que el verdadero humilde, y el verdadero pobre se parece al Hijo de Dios: disputad con él

(a) Epist. 1.
Tom. I.

él acerca de la verdadera gloria, y ved si podeis convencerle de que vuestro dictamen es mas sano que el suyo.

No pensaba como vosotros, Catholicos, San Pablo, quando escribia: "Quánto me deleyto en los abatimientos, en las aflicciones, y en las necesidades en que me hallo por Jesu-Christo!" *Placebo mihi in infirmitatibus, in contumeliis, in necessitatibus, in angustis pro Christo.* (a) Los mismos Paganos os condenan con los elogios que tributaban à aquellos Filósofos, que por amor al estudio, ò por librarse de los cuidados inseparables de las riquezas, por pereza, por melancolía, ò por vanidad, arrojaban sus bienes al mar, y vivian mendigando: haciendose pobres por unos fines tan ridiculos, merecieron no obstante el aplauso, y admiracion del público, y aspiraron à immortalizar sus nombres por este medio.

Y nosotros, siendo pobres, y humildes por Dios, por seguir el exemplo de su Hijo, por el deseo de parecernos à él, por someternos à las disposiciones de su Providencia: *In angustis pro Christo*, ¿nos hemos de avergonzar! ¿Nos hemos de tener por desgraciados! ¿Nos hemos de desconsolar, y affigir! Quando en medio de los favores de la fortuna nos sucede alguna desgracia, ò algun contratiempo, no hemos de tener valor para decir à Jesu-Christo, como decia un gran Rey, cuyas continuas prosperidades havian sido interrumpidas con unos sucesos dolorosos, y funestos: *Bonum mihi quia humiliasti me.* Miro Señor, como mi unico bien, y mi unica gloria es haver sido humillado: Si los abatimientos son gloria vuestra, ¿por qué no lo han de ser tambien mia? ¿Tengo yo acaso mas derecho que vos à los honores, y à las delicias de la vida? Estos honores, y estas delicias no podian ser peligrosas para vos,

(a) 2. Corinth. 12. 10.

pero para mí necesariamente son lazos, y escollos. El desprecio que vos hicisteis de todos estos falsos bienes, me debe hacer mirar como sospechosa la elevacion, y la grandeza; que es la segunda conclusion de este discurso.

II. Es indubitable, que Jesu-Christo venció al Mundo, y que con su victoria alienta nuestro corazon, y nos infunde confianza: *Confidite, ego vici mundum.* (a) Pero si nosotros pretendemos tener parte en su victoria peleando con otras armas que él, es vana nuestra confianza, y nuestra presuncion será motivo de nuestra ruina. Quando estamos rodeados de los bienes, y prosperidades de la tierra, debemos contemplarnos, como se contemplaba David quando se vistió las armas de Saul para ir à pelear contra Goliath; con aquellas hermosas armas se halló embarazado, y se consideró inhabil para vencer al Gigante, y no confió de la victoria hasta que las arrojó de sí, contentandose con una honda, y una piedra. (b)

David, me direis, no estaba acostumbrado à aquel genero de armas, y no sabia usar de ellas por no ser propias de su condicion: *Non usum habeo.* Pero nosotros, que vivimos en el honor, y la abundancia, no por eleccion que hayamos hecho de ella, sino por razon de nuestro estado, y de nuestro nacimiento, ¿hemos de renunciar à nuestra fortuna para no perder las esperanzas de nuestra eterna salud? No, Catholicos, de ningun modo; la salvacion es para todos los estados, todas las condiciones, y todos los empleos legitimos: ricos, y pobres todos tienen derecho à los bienes eternos. Esta es una verdad de fé; pero la misma fé nos enseña, que quando el Padre Eterno envió à su Unigenito Hijo à la tierra, no le envió revestido de pompa, y grandeza: la misma fé nos enseña, que si ha havido quien en este

(a) Joann. 16. 33. (b) 1. Reg. 17. 39.

estado pudiese usar, inocentemente de las utilidades de la vida, era sin duda aquel Hombre Dios, cuyo corazón no estaba sujeto à ser inficionado de la codicia: la misma razon natural nos dicta, que parecia conveniente que el Salvador nos diese exemplo del buen uso que podemos hacer de estos bienes, sirviendonos de modelo de la moderacion que debemos observar en los placeres.

Con todo eso no lo hizo así; siendo, como, era incapáz de abusar de los bienes sensibles, se negó à poseerlos: El exemplo del desprecio de estos peligrosos bienes le pareció mas importante, y mas necesario al genero humano, que el exemplo de su buen uso; pero nosotros, à vista de nuestro propio peligro, con la experiencia que tenemos del abuso que hacemos de estos bienes, conociendo nuestra flaqueza, y los impedimentos que en ellos hallamos para nuestra salvacion, todavía los deseamos, y los miramos como si fueran nuestra unica felicidad. ¡Ah, por grande que sea la dificultad que se halla en los abatimientos, y en los trabajos, estos están consagrados con el uso que de ellos hizo Jesu-Christo! A ellos están vinculadas sus bendiciones, están teñidos con su sangre, el Evangelio nos exorta à que los abracemos, y su exemplo nos lo persuade. Nada de esto se halla en los bienes, y prosperidades del siglo; no permitió que se llegasen à su persona, y en muchas partes los vemos maldecidos, y reprobados. ¿Qué motivo este para que teman todos aquellos que se hallan en este peligroso estado! Y si la Providencia, atenta siempre al bien de todos los estados, no quiere que salgamos temerariamente de aquel en que nos ha colocado, ¿con qué exactitud no debemos desempeñar sus obligaciones, preveer los peligros, cuidar de evitarlos, y valerlos para esto de todos los medios, y de todas las precauciones necesarias! Y quando Dios se digna de despertar nuestra atencion con golpes de su mano, dandonos à conocer la inconstancia, y vanidad de

de lo que llamamos felicidades, entonces debemos adorar su justicia, y dar gracias à su bondad, siendo este el unico medio para asegurar nuestra eterna salud, en medio de los escollos en que naufragan los mundanos.

Esto es, Señor, lo que se aprende en el Pesebre de Jesu-Christo: aqui no vienen los Herodes, porque temen acercarse; pero los Reyes fieles con el Pueblo, y los Pastores llegan con ansia: yá há diez años continuos que os estamos viendo, en medio de tristes sucesos, ofrecer el oro de vuestros tesoros, la mirra de vuestro dolor, y el incienso de vuestra gloria, como tributos debidos à la pobreza, à las lagrimas, y à los abatimientos de Jesu-Christo: à vista de estos piadosos respetos hace el Señor que hoy resplandezcais con una nueva gloria, y una nueva felicidad. Ya vemos cumplido el oraculo: Dese à Dios la gloria, y la paz à los hombres: *Gloria in altissimis Deo.* (a)

La Francia, abandonando la confianza que tenia en sus propias fuerzas, ha puesto toda su confianza en Dios; y el Señor, viendose glorificado con la humildad de los hombres, dá la paz à los que la desean, y obliga à que la abracen aquellos mismos que no la quieren: *Pax in terra hominibus bonæ voluntatis.*

Esta, Señor, es obra de Dios, pero tambien es obra vuestra: En otro tiempo la espada de Dios, y la vuestra estaban unidas contra vuestros enemigos: *Gladus Domini, & Gedeonis.* (b) Pero no hablemos yá de espadas; bastante sangre han derramado: hoy la sumision de vuestro corazón humillado, y la misericordia de Dios, movida à vista de vuestra humildad, obran el nuevo milagro, cuyo cumplimiento esperamos con impaciencia: luego que este milagro se verifique por medio de la conclusion de la paz, nada nos queda que desear mas, que el ser agradecidos à Dios, y que

(a) *Luc. 2. 14.* (b) *Judic. 7. 20.*

su Magestad nos conserve vuestra preciosa vida. ¿Qué oraciones no hemos dirigido al Cielo por la felicidad de vuestras armas? Pero ya no pensamos en estos honores; nuestra felicidad consiste en veros, y poseeros. No pedimos ya al Señor, que os haga dominar à las Naciones, sino que nos conceda la dicha de poderos obedecer por mucho tiempo.

Juntad, Señor, vuestras oraciones à las nuestras: cudad de vuestra importante vida; bastante expuesta se ha visto entre los peligros, y trabajos de la guerra; ya es tiempo de que cuideis de conservarla, pues este precioso bien no es tanto vuestro como de vuestros vasallos: Debeis respetarla como un don de Dios, que os la ha conservado para que tengais tiempo de acumular meritos, y para que sirviendo de exemplo à vuestros Pueblos, consigais una gloriosa eternidad: *Ad quam, &c.*



SERMON PARA EL DIA DE SAN ESTEVAN.

Lapidabant Stephanum invocantem, & dicentem: Domine ne statuas illis hoc peccatum.

Apedreaban à Estevan, y entre tanto él invocaba à Dios, y decia: Señor, no les imputeis este pecado. *Actos. cap. 7.*

QON decir que San Estevan fue el primero de los Martyres, parece que queda suficientemente elogiado. Ser el primero de los Martyres, ¿no es en algun modo ser Maestro, y Doctor de los Apostoles? Estevan aprendió de ellos à creer, y él los enseñó à morir. ¿No es esto ser su precursor, y su guía al Cielo, señalándolos con su sangre el camino que debian seguir? ¿No fue Estevan despues de Jesu-Christo el primer vencedor del Mundo, el primer Conquistador del Cielo, y el primer Heroe coronado por mano de Jesu-Christo? Todos estos elogios se incluyen en el de ser el primer Martyr. Ya há cerca de dos mil años que está resonando en el Mundo este elogio, y parece sería inu-